



Prólogo de
MARIANO
RAJOY

JOSÉ MANUEL GARCÍA-MARGALLO

TODOS LOS CIELOS
CONDUCEN A ESPAÑA

Cartas desde un avión

 Planeta

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo de Mariano Rajoy

Primera parte. A modo de introducción

1. La diplomacia hoy, la diplomacia mañana

2. Hacia una nueva estrategia

3. La candidatura al Consejo, o la unión hace la fuerza

Segunda parte. España ante un espejo

4. Memoria de la Transición: entre la tierra y la libertad

5. La política exterior española (I)

6. La política exterior española (II)

7. La política exterior española (III)

8. Cómo levantar el vuelo: la crisis en España

Tercera parte. Brújula para un mundo en cambio

9. Un tsunami llamado «globalización»

10. Multipolaridad y crisis del multilateralismo

11. La crisis económica global (I)

12. La crisis económica global (II)

13. Europa en los mapas cambiantes de la energía

14. El cambio climático o la fábula del escorpión y la rana

15. La pobreza en el mundo

16. Inmigración

17. El valor de cooperar

Cuarta parte. Quo vadis, Europa?

18. Identidades de Europa

19. El retorno de los populismos

20. Europa, de Roma a Maastricht

21. Europa, de Maastricht a la actualidad

Quinta parte. Una relación especial con Estados Unidos

22. Estados Unidos, el aliado necesario

Sexta parte. El espacio iberoamericano

23. Iberoamérica y la UE

24. España e Iberoamérica

25. Cumbres iberoamericanas

26. Un apunte sobre Cuba

Séptima parte. Otros escenarios

27. Acerca del mapa ruso
28. Ucrania
29. Rusia. Soluciones
30. Lo que nos jugamos en Libia
31. Palestina e Israel, la guerra de siempre
32. Irán y el rompecabezas de Oriente Medio
33. Siria e Iraq
34. Magreb
35. Voces e imágenes de África
36. Paradojas del gigante chino
37. India

Octava parte. Casos y cosas de España

38. Marca España y la fuerza de lo español
39. El español, patrimonio y herramienta
40. El dilema de Cataluña (I)
41. El dilema de Cataluña (II)
42. Gibraltar

Novena parte. Instrumentos de nuestra política exterior

43. La diplomacia en el mundo digital
44. La diplomacia pública

Agradecimientos

Anexos

1. Cartel electoral de UCD (1977)
2. Enmienda al artículo 2 del Anteproyecto de Constitución presentada por José Manuel García-Margall
3. «Una política exterior al servicio de España»

Fotografías

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mi mujer.
A mis hijos.
A todos los que han hecho
del servicio a España
su razón de ser.*

PRÓLOGO

Cuando se nombra a un Ministro de Asuntos Exteriores, una cosa está clara desde el principio: va a usar mucho el avión. Por suerte, actualmente la tecnología permite una comunicación fluida y permanente, como la que yo he mantenido siempre con el Ministro García-Margallo pese a la distancia física. Eso sí, corriendo el riesgo de perturbar su sueño debido a la diferencia horaria entre Madrid y el rincón del planeta en el que se encontrase en ese momento.

Desde el inicio de la legislatura hasta finales de julio de 2015, el Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación ha recorrido —en aviones del Grupo 45 de la Fuerza Aérea Española, ejemplo de profesionalidad y buen hacer— más de 800.000 kilómetros, unas veinte vueltas al mundo por el ecuador, casi mil horas de vuelo. Después de centenares de viajes —y lo digo por experiencia propia, porque yo he superado los 700.000 kilómetros en ese mismo período— incluso un avión puede ser un lugar relativamente acogedor, una prolongación de tu despacho. Los frecuentes vuelos se aprovechan para trabajar, para preparar la siguiente reunión, para hablar con tus colaboradores y para reflexionar. Un largo viaje a Australia o a Chile te garantiza, sin duda, tiempo para la reflexión, libre de teléfonos móviles.

Todos los cielos conducen a España es el producto de las reflexiones personales de mi amigo José Manuel sobre el país, sobre el mundo y sobre el lugar que España ocupa en el mundo. Plasmadas en una serie de cartas dirigidas a allegados y colaboradores, estas reflexiones y la respuesta de sus destinatarios inducen a un ejercicio dialéctico, since-

ro e intimista. Asimismo, es preciso señalar que la estructura del libro sigue, en gran medida, la Estrategia de Acción Exterior aprobada por el Gobierno en diciembre de 2014.

Esta saca de cartas se abre y cierra con unas reflexiones sobre el presente de la política exterior española y sobre los retos de la diplomacia del futuro, en un mundo digital donde todo es inmediato. Aquí se incluye un relato sobre uno de los mayores retos que hemos afrontado en política exterior en esta legislatura: la candidatura de España al Consejo de Seguridad de Naciones, del que somos miembros no permanentes hasta diciembre de 2016. Fue una campaña compleja, sin prácticamente presupuesto, pero con una absoluta implicación de S. M. el Rey y de todo el Gobierno. En este éxito de todos, en este reconocimiento internacional a España, me gustaría especialmente agradecer la labor de nuestros diplomáticos, que con su capacidad, su trabajo cotidiano y su esfuerzo lo hicieron posible.

En «España ante un espejo» y «Casos y cosas de España», el Ministro García-Margallo comparte sus ideas sobre nuestro país. Habla de nuestra historia reciente, de nuestra lengua universal, de la Marca España —uno de sus logros—, de la cuestión de Gibraltar y de lo que él denomina «El dilema de Cataluña». Como él suele afirmar, Cataluña le preocupa como español, como miembro del Gobierno y porque quiere lo mejor para Cataluña, dentro de España y de la Unión Europea.

En su «Brújula para un mundo en cambio», aborda algunos de los grandes retos globales a los que hacemos frente en la actualidad: la pobreza, el cambio climático, la gestión de los flujos migratorios, la crisis económica mundial, el futuro de la energía o el valor de la cooperación al desarrollo. Todos estos asuntos ocupan y ocuparán una parte importante de las agendas de los líderes políticos de todo el mundo en el futuro inmediato.

Antes de ser Ministro, José Manuel fue eurodiputado durante diecisiete años. En ese tiempo en el Parlamento de Estrasburgo, y durante gran parte de su vida, ha trabajado en el proyecto de integración europea, que constituye nuestro presente y nuestro futuro. Evidentemente, con su dilatada experiencia en los caminos europeos, «tiene opinión». No se le escapará al lector que la única parte del libro cuyo título plantea una pregunta es «Quo vadis, Europa?». No se preocupen, descubrirán que dicha pregunta no obedece a que el Ministro García-Margallo tenga dudas sobre cómo debería ser Europa en los próximos años.

En las partes centrales de esta obra —«Una relación especial con Estados Unidos», «El espacio iberoamericano» y «Otros escenarios»—, el Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación desgrana una amplia gama de cuestiones de política exterior, muchas de ellas conflictos y asuntos espinosos: la crisis en Ucrania; el papel de Rusia; lo que nos jugamos en Libia; el proceso de paz en Oriente Medio; la situación en Irán; el enorme potencial de África y los retos asiáticos que suponen China e India. Como no podía ser de otro modo, el mundo iberoamericano está ampliamente tratado, pues permite a España ser lo que es, un gran país con una lengua universal y en expansión.

Antes de que el lector se adentre en la correspondencia del Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación, me gustaría compartir algunas ideas que la lectura de estas cartas y mis propias vivencias en asuntos de política exterior me han suscitado.

La política es y debe ser diálogo. Es preciso buscar acuerdos con tus oponentes, intentar alcanzar consensos básicos, es decir, generar confianza y complicidades. Esta actitud es especialmente importante en materia de política exterior. La defensa firme de nuestros intereses es compatible con una actitud abierta que ayude a ver la realidad a través de los ojos del otro. Desde que soy Presidente del Gobierno he tenido la oportunidad y el privilegio de ver Es-

paña, la Unión Europea y muchas cuestiones internacionales a través de los ojos de personas de otras nacionalidades, creencias o valores. Y he aprendido mucho. Tomar algo de distancia permite evitar que los árboles nos impidan ver el bosque y permite, también, calibrar la posición que corresponde a nuestro país, por magnitud, por potencial y por expectativas, en el seno de la comunidad internacional.

Estos últimos años han sido años de sacrificio para todos los españoles. Ellos han sido los verdaderos protagonistas del esfuerzo realizado para salir de la peor recesión económica en mucho tiempo. Una de las satisfacciones que tengo como Presidente del Gobierno ha sido constatar la mejora de la percepción de España en el mundo. Esa percepción es esencial. Creo sinceramente que el mundo nos ve como gente amable, sensata, fiable y con la determinación de dar lo mejor de nosotros mismos cuando la situación lo exige.

También en estos años he visto españoles en muchos sitios haciendo España: militares desplegados lejos de casa en operaciones con riesgo; cooperantes que aportan su grano de arena para cambiar las cosas en lugares donde pocos quieren ir; funcionarios en organizaciones internacionales que contribuyen a mejorar el multilateralismo; empresas grandes y pequeñas que salen al exterior a generar empleo y riqueza en los países en los que operan y retornos para España. Mi conclusión: nuestra principal riqueza somos nosotros mismos, todos los españoles.

Y ahora, sin más preámbulo, despegamos. Les deseo un feliz vuelo y que disfruten estas cartas.

MARIANO RAJOY BREY
Presidente del Gobierno

PRIMERA PARTE

A MODO DE INTRODUCCIÓN

1

LA DIPLOMACIA HOY, LA DIPLOMACIA MAÑANA

CARTA DE UN SECRETARIO DE EMBAJADA
(remitida a José Martín y Pérez de Nanclares)

Palacio de Santa Cruz, 6 de octubre de 2014

Querido Ministro:

«Un soneto me manda hacer Violante / que en mi vida me he visto en tal aprieto», decía Lope. Para el funcionario que suscribe, Violante es un compañero de despacho, también Secretario de Embajada. Conocedor de mis aficiones literarias, mi Violante particular me ha preguntado si quería colaborar con una carta para un libro que contendrá —me ha dicho— las reflexiones de mi Ministro acerca de España y el mundo del siglo XXI.

Y el caso es que se lo agradezco, y mucho, por lo que tiene el encargo de inesperado. Así que, al cabo de este día de trabajo, me pongo a redactar la carta, satisfecho de dedicarme a lo que más me gusta, que es escribir, y a la vez un tanto inquieto por que semejante petición haya recaído en mí, sin mayor merecimiento por mi parte.

Creo que, cuando lo acabe, dejaré mi escrito sin firmar; no porque piense, ni mucho menos, que mi persona es paradigma de un colectivo tan amplio, vario y disperso como es la carrera diplomática, sino porque creo que, en estos

casos, el nombre del autor carece de importancia. Aunque yo no represente a ninguno de mis compañeros, digamos que mi nombre podría ser el de cualquiera de ellos.

Con esa licencia, que espero, Ministro, comprenderás, me pongo manos a la obra. Me han dado una cierta libertad de tema, así que hablaré de qué es para mí un diplomático. Y por no demorarme —«catorce versos dicen que es soneto»— trataré de hacerlo en no más de catorce párrafos.

I. ¿Qué es un diplomático? «Acabo de conocer a un diplomático —relataba cierto escritor británico en uno de sus diarios—, esa rara profesión que es como la de los directores de orquesta y los arqueólogos. Todos sabemos que existen, pero raramente nos encontramos con uno». Esa cita decimonónica trasluce una realidad evidente: los diplomáticos existimos, ocupamos un lugar en la sociedad, «pesamos —que diría Ángel González— sobre la Tierra»; pero al mismo tiempo seguimos siendo una *rara avis* en las faunas profesionales. Somos poco conocidos, por poco numerosos y, en suma, por poco frecuentes.

II. Pero hay algo todavía más interesante en esa frase, y es el símil que establece entre los diplomáticos y otras dos profesiones igualmente poco frecuentadas: arqueólogos y directores de orquesta. Como los arqueólogos, los diplomáticos somos traductores de mundos. Mundos muy alejados entre sí, hasta el punto de resultar, a veces, ininteligibles. Y como directores de orquesta, asumimos la tarea de lograr que distintos Estados toquen juntos una misma partitura. Y que, además, la música resultante suene bien.

III. Como sucede con los arqueólogos y los directores de orquesta, los diplomáticos nos pasamos la vida indagando en el frágil territorio de lo opinable —vestigios del pasado, partituras— y como los primeros —que custodian nuestro pasado— y los segundos —que ordenan el trabajo de grupos humanos— asumimos posiciones de gran responsa-

bilidad, pero nunca de verdadero poder. Yo llevo doce años traduciendo mundos y buscando armonías. Esa edad administrativa, que se traduce en mi paso por tres Embajadas y un Consulado General, no es aún suficiente para revestir mi currículum de ese vetusto anglicismo llamado *seniority*, pero tampoco soy ya un *junior*. El criterio, como el valor a los soldados (y a los toreros), se me supone.

IV. Y con ese presunto criterio y mi traje de funcionario diplomático, me considero —he de confesarlo— un privilegiado. Soy millonario en vivencias, en anécdotas y en recuerdos. He atesorado, gracias a mi profesión, más experiencias de las que tiene cualquier ciudadano español de mi edad. He conocido en primera persona conflictos seculares, lugares fascinantes y a personas a las que jamás tendría acceso de no ser por mi condición de representante de España. Al mismo tiempo, he disfrutado de esa rara facultad que implica llegar a los sitios y poder deshacer las maletas, que es tanto como vivir muchas vidas distintas.

V. Siendo un privilegiado —que lo soy—, no olvido que una vida profesional desarrollada en el exterior conlleva sacrificios. Ser diplomáticos nos lleva a menudo a separarnos de nuestras familias, nos expone a peligros y enfermedades ajenos a nuestro país, nos lleva a vivir en un constante desarraigo, una extranjería permanente, una vida llena de eso que cierto Embajador llamaba, en una novela, «encuentros imperfectos». Igual que vivimos muchas vidas, también morimos muchas veces: cada vez que nos marchamos de un destino. Y cuando, al cabo de los años, regresamos a las ciudades en que vivimos, son ellas —nuestras ciudades— las que ya ni nos recuerdan. Nuestras huellas tienden a borrarse muy deprisa.

VI. Practicamos un oficio tan antiguo como desconocido. Hablaban de nosotros Herodoto y Jenofonte, Plinio el Viejo y san Agustín, Pico della Mirandola y Descartes, Leibniz y Rousseau. Al mismo tiempo, nuestra labor adolece de un gran desconocimiento —de incompreensión, diría in-

cluso— por parte de la sociedad a la que representamos. Ignoro a qué se deberá esta incomprensión, pero existe. Tal vez se deba a que España ha llegado tarde a varias de sus citas con la historia y, por eso, tenemos una vocación exterior algo menos acusada que algunos de nuestros vecinos europeos.

VII. Curiosamente, ese desconocimiento de nuestras funciones y de nuestra labor no nos hace inmunes a la crítica. Muchos dicen que debemos tener un servicio exterior más moderno, más ágil. Que deberíamos especializarnos por áreas de actividad, dejando de lado nuestra condición de generalistas. Que deberíamos practicar la «diplomacia virtual». Una «virtualidad» que debería desembocar —nos anuncian— en el fin de la presencia física de los diplomáticos en los países de destino.

VIII. En mi modesta opinión, debemos estar abiertos a todas las opiniones. Y lo estamos. Pero, antes que nada, debemos reivindicar —con todo orgullo— la figura del diplomático. Su preparación, su conocimiento de idiomas, su capacidad de adaptación y el magnífico ejemplo que da con su labor por todo el mundo. A partir de ahí, de ese reconocimiento, podríamos ver qué es mejorable.

IX. Y ¿qué es, en nuestro caso, mejorable? Pues algo tan sencillo —y a la vez, tan pedestre— como los medios puestos a nuestra disposición. Faltan medios tanto humanos como materiales. En este mundo en que vivimos, en que todos nos hemos visto obligados a apretarnos el cinturón, reivindicar más medios puede parecer hasta de mal gusto, pero, en nuestro caso, la estrechez de medios lleva a algo que sucede también cuando se estira un tejido: se acaba viendo la urdimbre. O peor todavía: algunas de las fibras pueden llegar a romperse.

X. Habrá quien, a pesar de todas las mejoras y todas las iniciativas, siga cayendo en el tópico de nuestra vida regalada, tan una y mil veces referido que hasta ha cobrado el nombre de una conocida marca de bombones. ¿Qué le

vamos a hacer? De nada sirve que seamos nosotros quienes digamos que todo parecido con la realidad es pura coincidencia. Habremos de conformarnos a que eso siga existiendo, porque no es sino el trasunto de aquella otra cita del italiano Pitigrilli: «Los funcionarios son los empleados que el ciudadano paga para ser la víctima de sus críticas».

XI. Como coraza ante las críticas —ante las injustas, porque de las justas bien que aprendemos— contamos con la misma arma a la que invocaba Cyrano de Bergerac: nuestro orgullo. El orgullo de servir. De sentirnos útiles. De saber que lo que hacemos tiene un sentido. Lejos de ser patrimonio exclusivo de los diplomáticos, ese orgullo profesional es el mismo que lleva a todos los funcionarios españoles a hacer su trabajo con rigor, disciplina y honradez. A levantar, entre todos, este proyecto común cuyo nombre tan a menudo se nos olvida.

XII. Ese orgullo —sin gestos excesivos— que consiste en servir, en entregar una parte de la propia vida a los demás, es el que nos permitirá un día mirar atrás —al cabo del último destino— con la íntima sensación de haber cumplido con aquel lema de resonancias bíblicas que aparece en nuestro escudo de armas: *Pro patria legatione fungimur, tanquam patria exhortante per nos*, «somos emisarios de la Patria, y la Patria se expresa a través de nosotros».

XIII. Quiero que mis últimas palabras sean un reconocimiento a quien más hace por esta Carrera, y tal vez menos se le reconoce. A nuestras parejas, a nuestras familias. En esta vida diplomática, la auténtica entrega no es de aquellos que la eligen, sino de quien, con el único propósito de seguir a la persona a que ama, se expone, a partes iguales, a todo lo malo, sin recibir más que una pequeña parte de lo bueno: los reconocimientos, los elogios y una carrera profesional. En lo poco que pueda servirles, quiero que esta carta esté dedicada a ellas y a ellos.